

Fecha 24.02.2009	Sección Opinión	Página 2
---------------------	--------------------	-------------



DÍA CON DÍA  
Héctor  
Aguilar  
Camín

## Los tapados

**T**apados acabaron llamando, como antes a los precandidatos presidenciales del PRI, a muchachos y mujeres sin nombre que escurren de colonias populares, con el rostro cubierto, a bloquear avenidas céntricas en exigencia de que el Ejército deje de entrar a sus colonias a hacer cateos y detener narcotraficantes.

Los propios narcotraficantes estarían pagando 200 y 500 pesos a estos novendosos miembros de la sociedad civil, que ejercen el tipo de protesta contra la que las autoridades no tienen defensa, pues no están dispuestas a disolver un bloqueo o a contener una manifestación.

Los tapados y sus patrocinadores ocupan ese espacio. Saben muy bien lo que hacen y que no les harán nada: bloquean calles, interrumpen el tránsito, impiden pasos en puentes fronterizos o casetas de paga, y externan su demanda ciudadana: fuera el Ejército de nuestras colonias.

Los tapados muestran el flanco menos sangriento, menos criminal, pero acaso el más preocupante, el de más larga duración y significación histórica del fenómeno del narcotráfico.

Me refiero al vigor del narcotráfico y sus redes no como crimen organizado sino como parte del tejido social: su imbricación en la vida diaria no criminal de las comunidades, eso que permite a un narco reclutar jóvenes y señoras para que vayan

a protestar como cualquier ciudadano.

El narco vive entre ellos —en el caso de Monterrey en una colonia perdida a donde no entra la policía. El narco tiene su confianza, les da un ingreso por una chamba informal —como los partidos a sus *acarreados*—, es parte de su entorno y, en el caso de los tapados, es también parte de su liderazgo a ras de tierra.

El narco es parte constitutiva del paisaje, lo mismo que su red de negocios en la vida cotidiana de ciudades y regiones enteras. Haberse vuelto parte constitutiva de la vida diaria de las comunidades, es la verdadera fortaleza del narco, su verdad social.

Esa verdad social es la que detuvo, por ejemplo, la acción de limpieza que un comandante militar inició en Apátzingán. Al tercer ciclo de clausuras de negocios de narcos locales, el general recibió al grupo de vecinos que le dijo: “Usted está acabando con los narcos de aquí y también con nuestros trabajos”.

Una joven antropóloga, Natalia Mendoza Rockwell, ha escrito un admirable estudio sobre esta verdad social del narco tal como se vive en el mundo microscópico de un pueblo sonorense: *Conversaciones del desierto: cultura, moral y tráfico de drogas* (Cide, 2008)

Los tapados están en todas partes, y en la mayor parte de ellas no se cubren el rostro. ■M

[acamin@milenio.com](mailto:acamin@milenio.com)

